

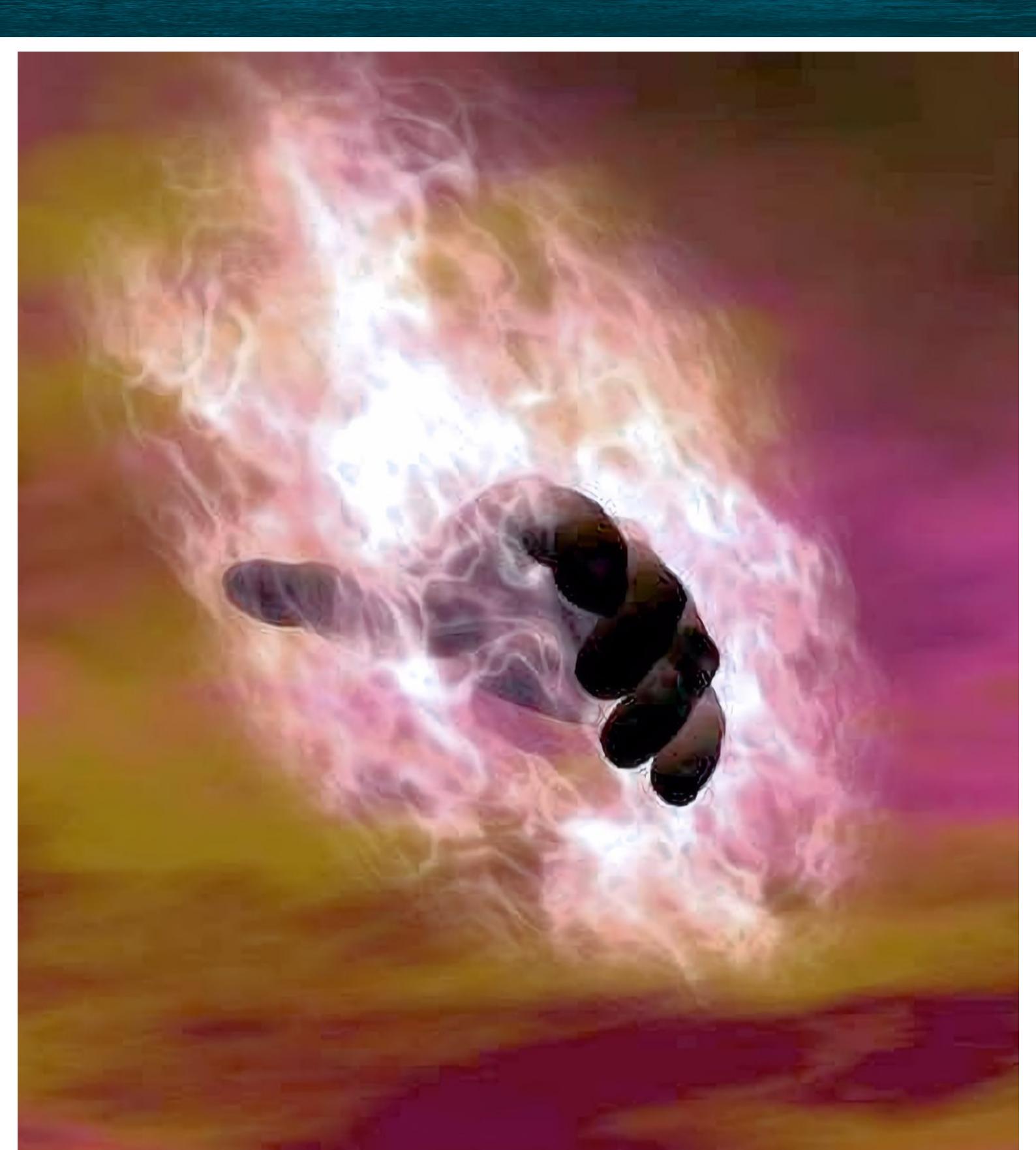


**EL FUTURO
NO ES "ALGO",
EL FUTURO
ES "ALGUIEN":
JESÚS.**



Marcos 8,11-13

Los fariseos, para ponerlo a prueba, le pidieron un signo del cielo. Jesús dio un profundo suspiro, no les dio ningún signo y los dejó.



Los fariseos pedían espectacularidad, una extraordinaria intervención de Dios. No les bastaban los milagros que veían. Querían algo más aplastante, sobre todo, con respecto a sus enemigos los romanos. Querían un Mesías triunfalista, que no hiciera milagros como Jesús sólo para liberar a los oprimidos de sus enfermedades y opresiones, sino para poner de manifiesto el poder y la grandeza de Dios.



Jesús suspiró. Quizás, lamentando la negativa de los fariseos a ver a un Dios con rostro humano; o cansado de tener que soportar siempre su obcecación en interesarse más por cumplir la ley que en manifestar compasión efectiva; o tal vez suspiró de impotencia al ver que seguían aferrados a un Dios reducido al Templo y a la norma externa y apartados de un Dios sensible al dolor de sus hijos, dispuesto al consuelo y la misericordia.

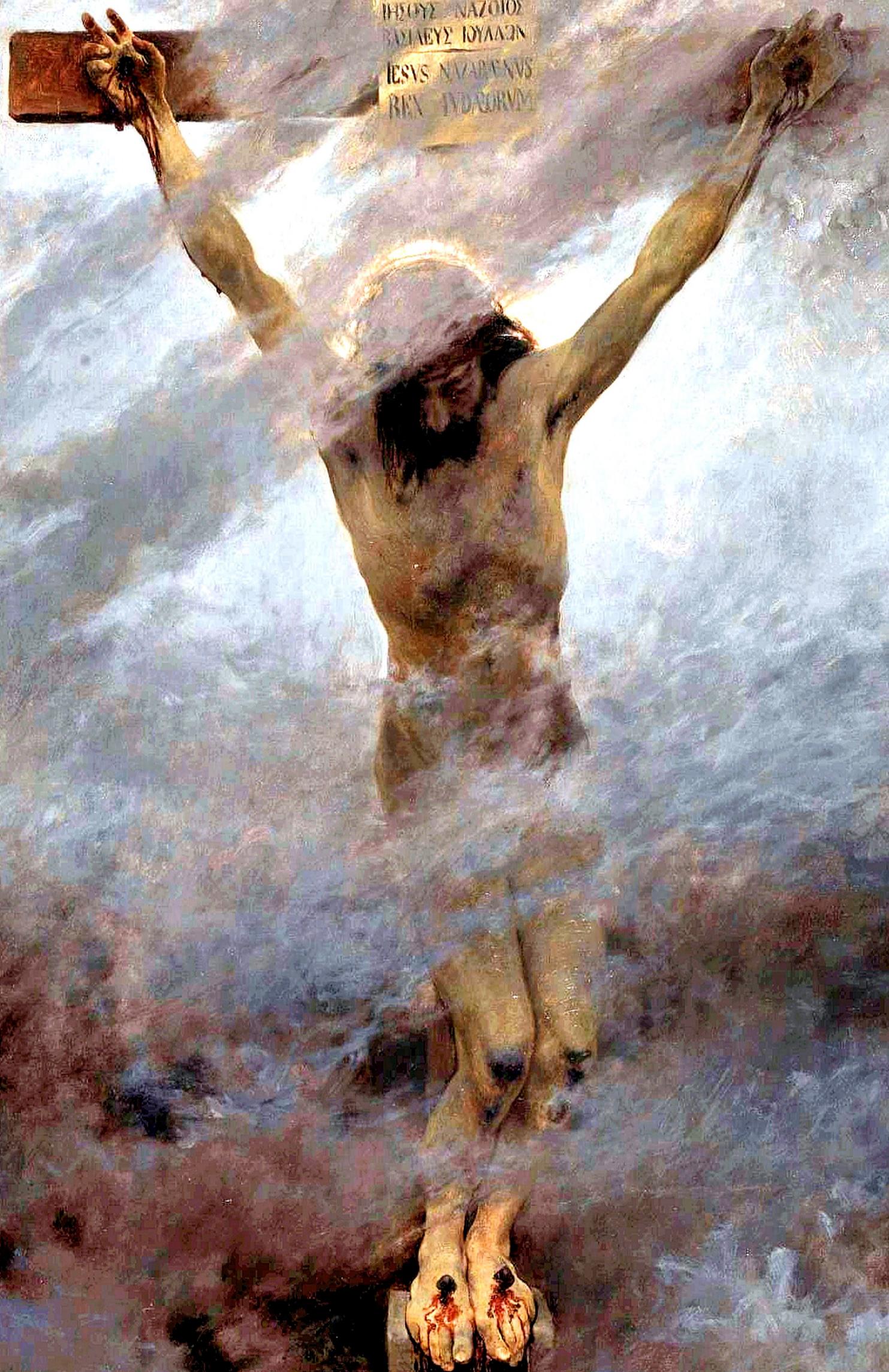


Y Jesús no les dio ninguna señal. Porque se hicieron los ciegos y no quisieron ver la mejor señal de Dios: la compasión del Padre con todos sus hijos por medio del que había enviado como salvación de nuestros pecados y alivio de nuestros sufrimientos: Jesús, el Señor. Pedir señales y milagros a Dios para justificar nuestra incredulidad es demostrar, sin quererlo, que nos falta fe: "porque caminamos por fe, no por visión" (2Cor 5,7).



La propuesta que hoy Jesús nos ofrece es la misma que hizo a aquella generación y a sus dirigentes religiosos: que le acojamos a Él, “sin trampas”, y le descubramos como Aquel que da sentido a nuestra existencia y la ilumina con su palabra y su estilo de vida. El camino que Jesús nos señala y ofrece es Él mismo: el Señor; con todas las consecuencias. No hay otro camino.

Jesús, Él mismo...



es la señal de Dios:
la única y definitiva.